

GARCÍA DÍEZ, Marcos y EGUIZÁBAL TORRE, Joaquín (2008): *La cueva de Venta Laperra. El grafismo parietal paleolítico y la definición de territorios gráficos en la región cantábrica* (Colabora Álvaro Arrizabalaga). Karrantza, Harana, 87 pp. ISBN: 978-84 606-4509-2.

La monografía analizada supone, por parte de sus autores, García Díez y Eguizábal Torre, salvar una deuda histórica con la cavidad, y con la prehistoria del País Vasco. Venta Laperra (o Venta de la Perra, para otros prehistoriadores) es la primera de las cavidades decoradas conocidas en el País Vasco, cuyo descubrimiento se remonta a 1904. Sin embargo, su antigüedad arqueológica no ha supuesto un equilibrio documental en cuanto a las publicaciones y estudios científicos, demasiado escasos (Barandiarán, 1958; Nolte, 1963; Beltrán, 1971; Apellániz, 1982; Ruiz Idarraga, 1998-1999; Gorrotxategi Anieto, 2000...); faltando, de hecho, hasta la presente, un análisis íntegro y monográfico del registro arqueológico de la caverna.

La cueva de Venta Laperra está situada en el valle del Carranza, garganta que atraviesa el límite actual entre las provincias de Santander y Vizcaya. La importancia de la cavidad está atestiguada en que yacimiento arqueológico y espacio gráfico comparten una misma estancia abierta al exterior; algo que han sabido valorar los autores del presente estudio.

Han compartimentado la explicación bajo los epígrafes siguientes: localización y marco geográfico, la ocupación humana superpaleolítica en el entorno de Venta Laperra; topografía y espeleología; el yacimiento arqueológico y la colección adjudicada al Paleolítico Superior (para lo cual han contado con la colaboración de A. Arrizabalaga); las manifestaciones gráficas rupestres (núcleo central de la publicación), y para concluir, una definición de territorios gráficos en la región cantábrica, en el que simplemente se alude a representaciones gráficas de estilo parangonable, ubicadas en la Cornisa Cantábrica, sin profundizar en la aplicación conceptual de esta observación, respecto al conocimiento de las sociedades paleolíticas.

Es necesario destacar el cuarto apartado, referido a los niveles arqueológicos atribuibles al Paleolítico Superior en la cavidad, en el que A. Arrizabalaga expone las conclusiones obtenidas en la revisión del material procedente de la excavación clásica de 1931, dirigida por J. M. Barandiarán y Aranzadi.

La estratigrafía propuesta por éstos (Musteriense y Auriñaciense, a grandes rasgos) y corregida, más tarde, por Baldeón (1990) o Ruiz Idarraga (1998-1999, 2005), será, nuevamente, puesta en valor, al considerar Arrizabalaga la pertenencia de uno de los estratos al Castelperroniense (p. 30).

El epígrafe concerniente al análisis de las manifestaciones gráficas rupestres se inicia con un pequeño apunte sobre las investigaciones precedentes en Venta Laperra (Breuil, 1911; Gev, 1978; Beltrán, 1971; Apellániz, 1982; García González, 1996, 2001; Gorrotxategui, 2001; Arias, 1998-1999).

En cuanto al estado de conservación del dispositivo gráfico, los autores denuncian “el repasado de los surcos con tiza” (p. 33), que aún en la actualidad son perceptibles, a pesar de haber sido enunciadas por Beltrán (1971) y Apellániz (1982) hace más de 30 años. Otra cuestión que escandalizará al lector serán los restos de pastas de uso dental dejados sobre las representaciones a causa de su utilización en la realización de moldes negativos de las figuras (p. 33). Error en el que los mismos autores incurrirán más adelante, sin justificar el porqué de dicha praxis.

A continuación, se presenta la descripción morfológica, técnica e iconológica de las manifestaciones grabadas, ordenadas desde el exterior de la pared oeste hasta el fin de la sala vestibular, para volver desde este punto hasta el exterior de la cueva (pared este). Las diferentes manifestaciones se han clasificado bajo los términos de unidades y conjuntos gráficos, aludiendo estos últimos a “diferentes formas o tipos de representaciones que no nos ha sido posible delimitar” (p. 33 nota). Además, los autores facilitan la búsqueda bibliográfica aportando, al catálogo gráfico, las diversas numeraciones atribuidas en análisis precedentes (Beltrán, 1971; Apellániz, 1982; Gorrotxategui, 2000). El dispositivo se compone de 5 conjuntos gráficos y 7 unidades gráficas, entre las que se señalan 5 bisontes, un uro y un oso.

Nos detendremos en la unidad gráfica 4 cuya adscripción zoomorfa (un oso) desató numerosos comentarios en torno a la especie representada (*Ursus arctos* o *spelaeus*); cuestión que los autores han olvidado comentar. De igual forma, también se interpreta el trazado del ojo de esta figura como resultado del aprovechamiento de una forma natural del soporte, entrando en contradicción con el análisis tecnológico de Ruiz Idarraga y Apellániz (1998-1999).

Tras presentar, descriptivamente, los grafismos, se adentran en el análisis de los datos, para lo cual

se tomaron las variables de espacio, temática, disposición, morfología, lateralidad, asociación de motivos, visibilidad, cota, orientación, nivelación; formato y representación anatómica, tipometría, perspectiva; convenciones de representación, análisis de la forma, esquema morfosomático, técnica y proceso de ejecución. Algunas de estas propuestas son tan escuetas que apenas ofrecen una conceptualización de las mismas, acompañada de un ejemplo. Tal es el caso de la orientación y la perspectiva, resumidas en una tabla de datos y carentes de cualquier tipo de reflexión posterior.

Dejarán como último principio analítico, sin embargo, el de la cronología, diferenciando entre la datación obtenida mediante el método de la Termoluminiscencia (Arias *et al.*, 1998-1999), de la argumentación propiamente estilística. El resultado de ambos parámetros será la atribución de un límite *ante quem* para los grabados de Venta Laperra, “en un momento no posterior al Solutrense antiguo que, con carácter genérico se puede fechar en torno al 20/19.000 B.P.” (p. 72).

El último apartado, la definición de territorios gráficos en la región cantábrica, da apenas una pincelada al discurso, sintetizando la propuesta

de González Sainz respecto a las representaciones de bisontes arcaicos a lo largo de la Cornisa Cantábrica (2000) o de Fortea Pérez, que enuncia vínculos destacables entre las cuevas del Nalón y otras como Chufín u Hornos de la Peña (Cantabria).

Con ello, anuncian la existencia de una unidad territorial gráfica, estilística y técnica, que abarcaría desde el Asón hasta el Nalón, y que podría ampliarse al introducir el elemento interior (santuarios interiores de la Cornisa Cantábrica).

Esta labor de síntesis efectuada cumple los parámetros propuestos de salvar un vacío documental, sin embargo, reincide en la información ya presentada por uno de los autores en su Tesis doctoral, evitando grabados inéditos (García Díez, 2001). Hoy, Venta Laperra, tiene una pequeña monografía, un paso más para su reconocimiento como una de las cuevas en que se intuyen los primeros trazos del hombre paleolítico en la Península.

*Clara Hernando Álvarez*  
Becaria de investigación del  
Ministerio de Ciencia e Innovación (FPU)  
Universidad de Salamanca